

## **Comentario de “Ocho días en Puebla. Impresiones profundas de un viaje arquitectónico, sentimental, científico y estrambótico de Fidel”**

Desterrado por Antonio López de Santa Anna, Guillermo Prieto escribió los textos que después integrarían su obra *Viajes de orden suprema*, y en la década de 1840 efectúa sus primeros viajes por el interior del país. Zacatecas fue el primero de ellos en agosto de 1842, cuando tenía 25 años y era supervisor de tabacos. Prieto vertió sus impresiones en pequeños artículos que se publicarían en el periódico *El Siglo Diez y Nueve* entre el 19 de noviembre y el 26 de diciembre de 1842.

Prieto no explica las causas de su viaje: “El por qué emprendí este viaje estupendo, místico, sentimental, no es de un objeto ni de este lugar, básteme decir que en él no hay cosa indigna de contarse, y que quien quiera, alce la mano, que yo ni pierdo ni gano”, pero escribe con un humor que acompaña al lector en toda la crónica, un humor secundado de ideas, acontecimientos y datos históricos.

Los escritos de Fidel, seudónimo con el que firma la crónica, contienen ciertas reflexiones, dirigidas a motivar a que el “populacho” lea; el autor justifica que lo que escribe es reflejo de lo que ve en la sociedad, lo cual ha provocado su destierro.

Describe el entusiasmo del viajero, dispuesto a enfrentar riesgos, el gusto por la aventura romántica, y con cierta melancolía recuerda las emociones que experimenta al dejar atrás a las personas que lo despiden, al tiempo que –considerando los peligros que pudiesen encontrar en los caminos– él y sus acompañantes las miran por la ventana mientras exhalan un suspiro por la ciudad que los ve partir.

Más adelante, en octubre de 1845 y también sin motivo aparente, Fidel viaja a Cuernavaca con algunos integrantes de su familia; emprende este viaje con emoción, a pesar de las advertencias de que “Cuernavaca es la antesala del purgatorio”, comentarios que provocan su desvelo al soñar con alacranes y animales venenosos que habitan en el ecosistema de los caminos.

Guillermo Prieto, sin dejar el estilo de su ligera pluma, nos describe el paisaje y los caminos que recorre, para exaltar la geografía nacional y con ello construir una visión del entorno, incursionando también en la sencilla gastronomía que disfruta un viajero.

Por último, en julio de 1849, siendo Guillermo Prieto diputado por vez primera, a los 30 años, efectúa un viaje a Puebla, al parecer motivado por encontrar asuntos de interés para sus lectores. De nueva cuenta, como ocurre con su viaje a Cuernavaca, es intimidado y se muestra un tanto exaltado por la inseguridad de la ruta a Puebla, debido a los ladrones de los caminos circundantes: “no nos acompañó escolta alguna hasta Riofrío”; y con este motivo, en momentos generaliza la amenísima conversación sobre ladrones.

En el recorrido describe los incidentales de la diligencia en la cual viaja, además de comentar con humor incomodidades como las que causa un obeso pasajero, menciona todo lo que mira, los paisajes, los volcanes, las iglesias y la pirámide de Cholula, reflexionando sobre la situación lamentable de estos vestigios y siempre atento al rescate de los lugares de asentamiento de las antiguas culturas mexicanas: “¡Es lástima que no se conserven con mayor cuidado estos objetos respetables!”.

La crónica termina al llegar a la casa de diligencias en Puebla, donde Fidel describe los servicios, la pésima distribución de los viajeros y el incómodo lugar para pernoctar. Los viajes le sirven para cultivar la vena costumbrista con la cual satisfacía a sus lectores y aportaba elementos para la construcción de la identidad nacional.